

The Evolution of Fragility: Setting the Terms

Norman Yoffee (ed.) (2019).

McDonald Institute Conversations. Cambridge: McDonald Institute for Archaeological Research, University of Cambridge, 196 páginas.

ISBN: 978-1-902937-88-5



Pablo Jaruf

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Luján / Instituto Superior del Profesorado “Joaquín V. González”, Argentina

Este libro reúne las ponencias presentadas en la conferencia “La evolución de la fragilidad”, llevada a cabo en el Museo Getty de Los Ángeles, en el mes de diciembre de 2017. Se trata de la primera parte de una obra cuya continuación se titulará, de manera provisional, *The Unfolding of Fragility: New Directions in Archaeology and Ancient History*, a ser escrita por el editor de este volumen, Norman Yoffee, de la Universidad de Michigan, y el resto de los participantes del evento.

El objetivo del presente libro, como plantea Yoffee en el primer capítulo, “Introducing the Conference: There Are No Innocent Terms” (pp. 1-7), es “socavar algunos de los temas tradicionales de las narrativas evolucionistas, a saber aquellos que naturalizan el Estado y que por lo tanto legitiman sus reclamos históricos a la permanencia”. De hecho, esta introducción a la conferencia fue comentada por James C. Scott, un reconocido politólogo anarquista de la Universidad de Yale, contribución que lamentablemente no fue incluida en este volumen. La idea central, en definitiva, es explorar cómo los Estados intentaron imponer sus decisiones a otros grupos que, hayan sido parte de la élite o de los sectores gobernados, se intentaron resistir a estos avances. Para decirlo con otras palabras, al contrario de aquellas narrativas que se focalizan en la centralización y la integración que generan las dinámicas estatales, en este caso se estudia cómo su crecimiento va generando al mismo tiempo condiciones de fragilidad que, tarde o temprano, conducen a su colapso.

Con este propósito en mente, Yoffee pasa a presentar los artículos en un orden que no es el del libro (lo que nos lleva a preguntarnos por qué no se aplicó este mismo criterio), agrupándolos en trabajos que destacan las estabildades a largo plazo (caps. 5, 7 y 9), la fragilidad de las ciudades-Estado (caps. 4 y 10), la fragilidad infraestructural del poder ideológico (caps. 6 y 8), y

las fragilidades de los imperios (caps. 2 y 3). Como se advierte, este enfoque se aplica a un amplio abanico de situaciones, aún más si consideramos que los artículos abordan casos de estudio situados en tres continentes: América, África y Asia. Por su parte, el hecho de que todos los especialistas, salvo dos, sean de Estados Unidos, nos sirve como indicador del tipo de problemas que halla eco entre los académicos norteamericanos y de las respuestas que los mismos están ofreciendo.

El segundo capítulo, “Fragility of Vulnerable Social Institutions in Andean States” (pp. 9-23), escrito por Tom D. Dillehay y Steven A. Wernke, ambos de la Universidad Vanderbilt, comienza con una útil distinción entre el concepto de vulnerabilidad y el de fragilidad, con lo cual se comienza a advertir un rasgo que atraviesa todo el volumen: que a pesar de utilizar el mismo concepto, no todos lo definen ni lo aplican de la misma manera. A su entender, la vulnerabilidad estaría dada por una serie de condiciones –como las guerras, las hambrunas, los conflictos de clase– cuya concurrencia generaría estructuras estatales frágiles. A continuación, los autores se pasan a concentrar en dos condiciones de vulnerabilidad que compartían los estados andinos de Chimor y de los Incas: la sucesión política y la fragmentación de la estructura social. Con respecto a la primera condición destacan la ausencia de un método fijo para determinar al sucesor y, en relación a la segunda, la permanencia de las estructuras políticas locales –*ayllus*–, pues si bien los curacas eran incorporados como parte de la infraestructura estatal, éstos aún debían responder a los mecanismos de liderazgo locales, que se basaban en el código de la reciprocidad. Esta situación daba lugar a una interpelación permanente de la autoridad, que si bien, por un lado, otorgaba mayor flexibilidad a la administración, por el otro, impedía que se lograra una defensa coherente y uniforme ante la invasión de enemigos externos.

En el tercer capítulo, “Why Early Cities Failed: Fragility and Resilience in Bronze Age China” (pp. 25-45), escrito por Li Min, de la Universidad de California, adquieren centralidad otros dos conceptos: el de experimentación política y el de resiliencia. El primero, propuesto originalmente por Wright (2006), le permite analizar las cinco primeras fases de urbanización de la China antigua desde fines del III^o milenio hasta comienzos del I^o a. C. –Longshan Tardío, Erlitou, Shang Temprano, Shang Tardío y Zhou Occidental– como experiencias que no se pueden ordenar en una secuencia neoevolutiva clásica (léase de jefaturas a Estados), sino que deben ser comprendidas como distintas manifestaciones de una tensión entre el intento de una elite por imponer una cultura y una forma de vida homogéneas, y la persistencia de redes políticas heterogéneas más amplias que incluían antiguos centros urbanos. Así, en cada uno de estos ciclos –de una duración aproximada de un cuarto de milenio cada uno–, vemos cómo se va reconfigurando esta tensión. No obstante, a medida que una fase sucede a otra, hay ciertos elementos que perduran y se van consolidando, relativos a la organización de linajes gobernantes y un legado histórico basado en dinastías, mostrando éstos el carácter resiliente de la cultura en dichos experimentos políticos. Queda en un plano de ambigüedad, sin embargo, la relación entre urbanidad y estatalidad, pues si las fases de urbanización son signos de fragilidad, su dinámica cíclica y el encadenamiento cultural, base de la ideología estatal posterior, parece mostrar una significativa resiliencia. Quizás sea ésta la razón por la cual Yoffee haya decidido incluir este trabajo dentro del grupo de artículos dedicados a los imperios, no a las ciudades-Estado, aunque la palabra imperio no fue empleada nunca en el trabajo de Li Min para hablar del período anterior a la Dinastía Qin (221 a. C.).

El concepto de experimentación política vuelve a figurar en el artículo de Patricia A. McAnany, de la Universidad de Carolina del Norte, titulado “Fragile Authority in Monumental Time: Political Experimentation in the Classic Maya Lowlands” (pp. 47-59). En este caso, la autora comienza con una digresión teórica dedicada también a criticar la secuencia neoevolutiva, enfatizando la improvisación de los primeros Estados, propuesta por Scott (2017), y la anomalía de las grandes agregaciones políticas, como plantea Stanish (2017). A partir de estas consideraciones, aborda las obras monumentales de las tierras mayas bajas en

los períodos Preclásico y Clásico Tardío, comparando la evidencia del Norte con la del Sur. A su modo de ver, mientras que las primeras construcciones eran obras colectivas cuyo objetivo era solidificar los lazos identitarios, conectando las deidades locales con un trasfondo mítico macro regional, las obras del Clásico Tardío, al contrario, eran producto de líderes autoritarios que buscaban legitimarse vinculándose arbitrariamente con estas deidades míticas, lo que explica que se haya tratado de fenómenos transitorios y restringidos sólo a algunas partes de la zona meridional.

El quinto capítulo, “Ancient Egyptian Exceptionalism: Fragility, Flexibility and the Art of Not Collapsing” (pp. 61-87), redactado por Ellen Morris, de la Universidad de Columbia, además de ser el más extenso del libro, es el primero que ofrece una definición explícita de resiliencia, término que –así como en el tercer capítulo– es empleado como contrapunto al de fragilidad. Este concepto, tomado del campo de la psicología, es entendido aquí, siguiendo a Middleton (2017), como la habilidad de un sistema para reorganizarse después de haber sufrido perturbaciones, y de conservar todas sus características y funciones esenciales. En efecto, como indica el título del artículo, Egipto no es un caso que se ajuste bien al tema de la fragilidad, pues lo que más destaca es su prolongada estabilidad. No obstante, la autora dedica varias páginas a tres casos de politicidio, concepto planteado por Scott (2017), esto es, crisis políticas generadas por causas endógenas, ocurridas entre la Dinastía I y la II, la II y la III, y la IV y la V. Todo lo anterior sirve de largo preámbulo para analizar en detalle la crisis del Reino Antiguo, la cual considera como otro caso de politicidio, pero que por razones climáticas –un incremento de la aridización, conocido como *event 4.2 ka BP*– se extendió varias décadas más de lo usual, dando lugar entonces al Primer Período Intermedio. Morris discute así las teorías sociopolíticas sobre esta cuestión, realizando una interesante comparación con crisis semejantes ocurridas durante los períodos mameluco y otomano.

El siguiente capítulo, “Fragile Cahokian and Chacoan Orders and Infrastructures” (pp. 89-108), de Timothy R. Pauketat, de la Universidad de Illinois, se concentra en el período que va del siglo IX al XIII d. C., cuando en ambas regiones –Cahokia y Chaco– se dan procesos de agregación política con algún grado de semejanza. El autor, en este caso, aplica un enfoque centralizado en la materialidad, preguntándose de qué manera

agentes no humanos actuaron en la estructuración de estas entidades políticas, como por ejemplo el maíz, el suelo y el clima. Si bien el artículo presenta y sintetiza nueva información, no termina de ofrecer una explicación satisfactoria para el colapso casi simultáneo de ambos Estados, concluyendo simplemente que ninguno de los dos habría logrado establecerse de manera suficiente en sus territorios, perdurando en la memoria oral como lugares que fueron abandonados por las deidades.

El séptimo capítulo, de Cameron A. Petrie, de la Universidad de Cambridge, denominado “Diversity, Variability, Adaptation and ‘Fragility’ in the Indus Civilization” (pp. 109-133), a semejanza del dedicado a Egipto, también pone en duda la cuestión de la fragilidad, en este caso del sistema urbano que dominó la región durante seis siglos enteros (2600/2500-1900 a. C.). A su vez, en lugar de hablar de resiliencia, prefiere usar el concepto de robusto para contraponer al de fragilidad. Por su parte, a diferencia del artículo sobre China, explica de manera más clara la diferencia entre la ciudad y el Estado, sostiene que si bien en el valle del Indo es difícil hablar de ciudades frágiles, es bastante probable que los proyectos estatales sí hayan encontrado resistencias, significando el rápido auge y caída de dinastías, cuestión que sin embargo no se puede confirmar por la falta de documentos escritos que hayan sido descifrados. En pocas palabras, lo que plantea el autor es que no existen evidencias claras sobre la existencia ni de una realeza ni de una administración centralizada de la agricultura, predominando entonces estructuras heterárquicas, tanto en los grandes asentamientos como en los pequeños, que se asociaban entre sí como una forma de adaptación a los cambios climáticos, pero que luego de una persistente aridización –la misma a la que hace referencia Morris en el quinto capítulo– tuvieron que readaptarse para sobrevivir, ahora en asentamientos más dispersos de carácter rural.

El octavo capítulo, “Fragile States in Sub-Saharan Africa” (pp. 135-159), de Peter Robertshaw, de la Universidad Estatal de California, aborda tres casos bastante diferentes del continente africano: el Estado de Gran Zimbabue (XI-XV d. C.), las ciudades-Estado de la civilización Swahili (IX-XVII d. C.) y el reino de Bunyoro (XV-XX d. C.). Este artículo no sólo debate el concepto de Estado, criticando las aproximaciones centradas en el aspecto coercitivo, sino también las explicaciones

tradicionales sobre su emergencia –basadas en la producción agrícola y la dimensión territorial– destacando en cambio el rol central que habría desempeñado el control de reses, de personas y del mundo espiritual. En lo que respecta a su fragilidad, señala para el Gran Zimbabue que los reyes no disponían de fuerzas militares propias, establecían alianzas matrimoniales que resultaban en la multiplicación de candidatos al trono, y debían lidiar con personas que eran poseídas por los espíritus de los monarcas fallecidos. En el caso de la civilización Swahili sostiene que, a pesar de que los reyes compartían su poder con los consejos de ancianos, y de que los centros hegemónicos perdían rápido su posición, aún así el sistema de ciudades-Estado mostraba una gran resiliencia, perdurando varios siglos y entrando sólo en crisis por factores externos vinculados a la reorientación del comercio en el océano Índico.

El siguiente capítulo, “Universal Rule and Precarious Empire: Power and Fragility in the Angkorian State” (pp. 161-181), redactado por Miriam T. Stark, de la Universidad de Hawái en Mānoa, afirma que el Estado de Angkor, si bien tuvo una duración de 600 años, tenía también bases frágiles, ya que poseía una estructura basada en el patronazgo. Su colapso, entonces, sería consecuencia de un fallo generalizado en las negociaciones que debían mantener los reyes con su periferia, provocado por la política reformista de Jayavarman VII (1181-1218 d. C.), cuya demanda ya no correspondía a los términos de la relación patrón-cliente. Estas novedades implicaban la construcción de obras monumentales, que exigían en demasía a la fuerza de trabajo disponible, así como también el paso de una realeza sustentada en el hinduismo a otra basada en el budismo theravada, una religión desconocida por la mayor parte de la población. Sin embargo, la autora sostiene que, a pesar de los cambios, las bases campesinas se mantuvieron inalteradas, que las ciudades continuaron existiendo aunque sin ser capitales ya de grandes imperios, y que el budismo theravada perduró como la ideología de muchos líderes que gobernaron después de los reyes angkorianos.

El último capítulo, “Negotiating Fragility in Ancient Mesopotamia: Arenas of Contestation and Institutions of Resistance”¹ (pp. 183-196), escrito por Norman

1 Se encuentra disponible una versión en castellano de

Yoffee y Andrea Seri, esta última de la Universidad de Córdoba, Argentina, vuelve a retomar la cuestión de la relación entre urbanismo y estatalidad, en este caso en la Mesopotamia del IVº al IIº milenio a. C. Una vez más, a pesar de la continuidad de los centros urbanos, se constatan grandes cambios en la historia política, marcada por el rápido auge y caída de dinastías gobernantes, todas ellas llevando adelante empresas que encontraron fuertes resistencias entre los poderes locales y regionales. El capítulo comienza con el período Uruk, donde las modificaciones en la planta de los edificios puede ser indicio de revueltas y/o cambios políticos significativos, sigue con los obstáculos permanentes que enfrentaron los reyes acadios, y culmina con los distintos Estados del IIº milenio, tanto de la Baja como de la Alta Mesopotamia, dedicando un espacio importante al caso paleoasirio. Este artículo, al estar redactado por el editor de este volumen, ofrece algunas precisiones mayores sobre la temática principal, llegando a plantear que “la fragilidad tiene una lógica evolutiva” (p. 194), como reza el título de la obra. Según los autores, los distintos estados territoriales, que surgieron por medio de rápidas conquistas militares, encontraron respuestas de grupos mejor vinculados a la producción agrícola y artesanal, los cuales se opusieron a entregar tributos que desarticulasen las lógicas locales, obligando a los gobernantes a realizar campañas permanentes o afrontar el colapso de su poder político.

Como se advierte, la variedad de situaciones, relativas a ciudades como a grandes imperios, y de estudios de caso, que van desde el IVº milenio a.C. hasta el siglo XX d.C., ubicados a su vez en distintas partes del globo, ofrece un campo suficientemente amplio para todos los interesados en profundizar en esta idea sobre la fragilidad de los Estados. Asimismo, los distintos matices planteados por los autores, algunos resaltando que esta fragilidad no anula la persistencia de otras estructuras, las más de las veces vinculadas con extensos sistemas urbanos –por ej., en los casos del valle del Indo, de la civilización Swahili y de las ciudades mesopotámicas–, así como también la aplicación de otros conceptos, tales como vulnerabilidad, resiliencia

este artículo, titulada “Negociar la fragilidad en la Mesopotamia antigua: Arenas de contienda e instituciones de resistencia”, que fue publicada, con algunas ligeras modificaciones y sin dos imágenes, en la revista *Antiguo Oriente* 16 (2018): 11-44.

y experimentación política, enriquecen sin duda este enfoque, ofreciendo una serie de herramientas que muy probablemente comencemos a leer con mayor frecuencia de aquí en adelante, amén del peso de la academia norteamericana en nuestra área de estudio.

Como reflexión final, consideramos que este volumen ofrece una visión renovada para el siempre atractivo problema de las crisis y los colapsos de los Estados antiguos, cuestión que tradicionalmente suele ser considerada como una interrupción abrupta de situaciones relativamente estables, pero que ahora, gracias a este enfoque basado en la fragilidad, se muestran bastante inestables y que sus fortalezas pudieron ser a la vez sus mayores debilidades. No obstante, queda la sensación de que para muchos de los autores dichos Estados, al fin y al cabo, habrían constituido sólo experiencias efímeras, improvisaciones, anomalías o, como dice Yoffee, ironías (p. 183), pues habrían terminado fracasando en sus intentos por imponerse sobre estructuras locales más igualitarias y de funcionamiento eficaz, las cuales habrían de perdurar inalteradas a pesar de los conflictos dinásticos entre reyes y emperadores. Esta perspectiva, que a nuestro modo de ver implicaría caer en una suerte de inmovilismo histórico, se halla compensada, por fortuna, con la atención puesta en los conflictos y las contradicciones internas, lo que al fin resulta en una narrativa histórica más dinámica y menos esquemática. En conclusión, pueda estar uno de acuerdo o no con las ideas planteadas en este libro, creemos que ofrece suficientes elementos para la reflexión, por lo que recomendamos su lectura.

Bibliografía

- » Middleton, G. (2017). *Explaining Collapse*. Cambridge: Cambridge University Press.
- » Scott, J. C. (2017). *Against the Grain: A Deep History of the Earliest States*. New Haven: Yale University Press.
- » Stanish, C. (2017). *The Evolution of Human Co-operation: Ritual and Social Complexity in Stateless Societies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- » Wright, H. T. (2006). Early States as Political Experimentation, en: *Journal of Anthropological Research* 62/3: 302-319.